son en el mundo moral una especie de miserables, á quienes parece lujo todo lo que no es miseria, y ellos son, no obstante, los jueces de las necesidades del desvalido y los encargados de remediarlas: apresuremos el día en que se ponga fin á tan absurda impiedad.

Mientras la caridad no penetre en los asilos de Beneficencia, no se obtendrá lo necesario, no se comprenderá siquiera; y hablamos de lo necesario en el orden material. ¿Cómo se proveerá, pues, á las necesidades del alma?

¿Quién sino la caridad sufrirá paciente las debilidades de la infancia y de la decrepitud? ¿Quién servirá de guía al niño en el camino de la vida, quién de apoyo al anciano en el que le conduce á la muerte? ¿Quién dará esas lecciones que sólo el ejemplo hace provechosas, quién inspirará esos sentimientos que sólo el amor inocula? ¿Quién hará mirar como sagrada la debilidad de la infancia y de la vejez, que hoy son un objeto de burla, y restablecerá la armonía que hay en los dos extremos de la existencia, hoy rota por culpa de todos en los asilos piadosos? ¿Quién espiará la oportunidad de dar una reprensión, una lección, un consejo? ¿Quién adivinará cuándo entra una ráfaga de luz en las

tinieblas de una conciencia extraviada? Quién opondrá á los sofismas del mal las inspiraciones del corazón? ¿Quién sabrá cuándo se puede leer con fruto la página de un libro devoto, ni cuándo se puede recitar una oración al que ha muchos años que no se acuerda de Dios? ¿Quién tendrá esperanza de rehabilitar á la pobre mujer extraviada, cuya vida parece como un naufragio que se ha tragado cuanto bueno había recibido de Dios su alma, y, como el mar, sólo arroja el cuerpo en putrefacción? La caridad, sólo la caridad. Aislándose de ella, la Beneficencia ni educa al niño, ni consuela al anciano, ni moraliza al enfermo; es como un cuerpo sin alma.

IV.

Existen en la sociedad los elementos necesarios para consolar todos los dolores; no hay más que armonizarlos.

No se concibe sin dolor el mundo moral: las lágrimas son un elemento de su armonía, como las erupciones volcánicas forman parte de la del mundo físico: parece que ni la atmósfera ni el corazón del hombre pueden purificarse sin tempestades.

Imaginad, si podéis, un mundo sin dolores, y le veréis poblado de criaturas degradadas: ese bien que sin mezcla alguna de mal no envilece y deprava, no es el bien de la tierra, es la felicidad del cielo.

Buscad el origen de todas las virtudes, de todas las sublimes acciones que ennoblecen la naturaleza humana, y le hallaréis en el dolor.

¿Qué es el amor maternal sin sus penalidades y sus sacrificios? Un instinto grosero.

¿Qué es el amor sin sus inquietudes, sus recelos, sus melancolías y sus tormentos? Un deleite que envilece.

¿Qué es la amistad sin días de prueba? Una ilusión.

¿Qué es la virtud sin combate, la abnegación sin sacrificio, la compasión sin penas, el perdón sin ofensas, el arrepentimiento sin amarguras? Otros tantos imposibles.

Y cuando no esté divinizada la maternidad, ni purificado el amor, ni la amistad sea posible; cuando el hombre no sepa vencerse, ni sea capaz de sacrificarse, ni compadezca, ni perdone, ni se arrepienta, ¿dónde está el hombre moral? No existe, queda aniquilado.

El dolor entra como elemento tan esencial de

nuestra naturaleza, que es no sólo el origen de todo lo bueno, sino de todo lo bello. ¿Qué representan los cuadros sublimes? ¿Qué os repiten los cantos inmortales? ¿Qué os inspiran las divinas melodías? Dolores, siempre dolores.

Pero si el dolor enseña, prueba, enaltece, purifica y diviniza, también aniquila y deprava cuando ninguno le comprende ni tiene de él compasión. El dolor que eleva á la naturaleza humana es la obra de Dios; el dolor que la deprava es la obra del hombre: el primero es eterno; el segundo debe tener fin, y le tendrá.

Cuanto más reflexionamos, no sconvencemos más de que la naturaleza no produce, ni en el orden moral ni en el físico, mal que no lleve consigo una suma mayor ó menor de bien. Aceptemos, porque los hay, males *sin remedio;* pero rechacemos en nombre de Dios y de la razón los males *sin consuelo.*

¿Qué hay que hacer para consolar todos los dolores? Querer, querer y querer.

¿Cuándo estará reducida al silencio la degradada falange de los *imposibilistas*, que proclaman irremediables todos los males, por no tomarse el trabajo de remediarlos? La humanidad responde con lágrimas á los argumentos del

egoísmo. Sus apóstoles hacen un cuadro lúgubre de la indiferencia de los dichosos, para concluir afirmando la imposibilidad de consolar á los desdichados.

Hemos visto estos cuadros: más, los hemos bosquejado; y no para negar la posibilidad del remedio, sino para medir la extensión del mal, nos hemos dicho con amargura:

«Aquel hombre tiene un gran número de carruajes de diferentes formas y dimensiones, que usa según la estación, el día, la hora ó su capricho: aquel otro pisa descalzo la nieve, y arrostra con la cabeza descubierta el sol de Julio.»

«Aquel hombre viste sus habitaciones de seda, de brocado, de plata, de oro: aquel otro sufre desnudo el frío de Enero.»

«Aquel hombre tiene una multitud de criados para servir á sus caballos, criados que los peinan, los lavan, les bruñen los cascos y los perfuman: aquel otro, postrado por la fiebre, no tiene quien le alargue un vaso de agua.»

«Aquel hombre gasta en localidades de teatros mil, dos mil, seis mil duros: aquel otro busca y no halla tal vez quien le dé techo para guarecerse una noche borrascosa.»

«Aquel hombre tiene en sus caballerizas termómetro y calorífero y alumbrado de gas: aquel otro se muere de frío en medio de la obscuridad más completa.»

«Aquella mujer, vestida de batista, de raso, de terciopelo, de pieles, cubierta de perlas y diamantes, da bizcochos á una perrita que ya no quiere comerlos: aquella otra da lágrimas al hijo que le pide pan, lágrimas al que solloza buscando alimento en su pecho, que ha secado el hambre.»

Estas cosas y otras muchas nos hemos dicho, porque este horrible paralelo puede prolongarse mucho, y nos hemos afligido por la humanidad; pero sin desesperar nunca de ella, ni calumniarla.

Cuanto más meditamos, nos parece más imposible extinguir las diferencias sociales, y más fácil evitar los contrastes horribles. ¿Por qué medios? Por los que la naturaleza pone á nuestra disposición; la naturaleza, donde no se encuentra bien alguno sin mezcla de mal, ni mal sin mezcla de bien. Así como en el alma más pura hay siempre un punto negro, una sombra, vestigio indeleble del pecado original; en el corazón más depravado queda también algo de noble, sagrado resto de su celestial origen. ¿Queréis ensalzar al hombre? Sus culpas le rebajan. ¿Queréis reba-

jarle? Le ensalzan sus virtudes. ¡Sublime y desdichada criatura con la mano en el abismo, y la frente en el Cielo!

Dejando á un lado algunos miserables que son como los contrahechos del mundo moral, cuyo número es muy corto, no hay hombre alguno, por más cruel, por más depravado, por más pueril que parezca, que allá en el fondo de su alma no tenga algún lugar recóndito donde hallan eco las ideas generosas.

Todavía tiene lágrimas ese asesino que ha hecho correr tantas; ese magnate que no ha enjugado ninguna. No os desaliente el gesto amenazador del uno, ni la insultante sonrisa del otro: espiad un momento oportuno, espiadle uno y otro día y siempre, y veréis que entrambos son hombres, aunque no lo parecen. Tomémonos el trabajo de observar, de meditar y de sacar consecuencias. ¿Quién no ha visto ó no puede ver escenas como las siguientes?

Un hombre está en capilla; ha sido condenado á muerte por crímenes inauditos; es un monstruo: se le han ofrecido los auxilios espirituales; no ha querido escuchar á ningún sacerdote. Pocas horas antes de morir llama al juez que había firmado su sentencia capital con una profunda amargura,

porque sin poder explicársela experimentaba simpatía por aquel malvado. El juez llega; el reo le dice: «He estado pensando á quién podría pedir un favor, y me he acordado de usted. Dejo un hijo natural; su madre es mala, le abandonará; queda solo en el mundo, sin más compañía que la infamia de mi muerte. ¿Querrá usted ampararle?»

«Se lo prometo á usted solemnemente», dice el juez conmovido; y una lágrima corre por el rostro contraído del criminal. Lágrima de amor y de reconocimiento, lágrima santa de un moribundo, que arrojada enfrente de la sangre vertida, debió pesar mucho en la balanza de la divina justicia.

En un día terrible de Diciembre, y á través de mucha nieve, caminaba con dificultad una diligencia. Dentro iban: un anciano, al parecer gran señor, lleno de pieles y de fastidio por no sabemos qué vicisitudes que le obligaban á viajar de un modo tan plebeyo; una nieta suya, como de cuatro años; una mujer modestamente vestida, como de cuarenta, y un hijo de esta mujer, como de nueve. La diligencia caminaba á paso de buey; detrás iba un carro; el carretero llevaba un niño pequeño cubierto de andrajos y

muerto de frío. Entre el niño de la diligencia y el del carro se entabló, por un pequeño hueco del cristal, abierto furtivamente, el siguiente diálogo:

—¿Tienes mucho frío?

—Mucho; ya no lo puedo aguantar.

—¿Por qué no te pones en el carro y te tapas con aquella manta?

—Está toda mojada; mi padre me dice que ande, y ya no puedo.

—Súbete aquí en el estribo; de este lado no viene nieve ni viento, el coche lo impide.

—¿Y á qué me agarro?

—Yo te daré la mano..... Se me enfría mucho; ya no puedo resistir más; toma esta correa, que sirve para bajar y subir el cristal; es ancha, y puedes agarrarte. ¿Vas bien?

—Tengo cada vez más frío.

—¿Lloras?

—Parece que me cortan los pies y las manos.

El niño de la diligencia dirigió á su madre una mirada, que quería decir:—¿Por qué no dejamos entrar al niño del carro?

La madre abrió la portezuela, y el niño entró, acurrucándose en el suelo debajo de un cobertor.

Este era el lado claro del cuadro: el obscuro era

el gran señor, enojado porque se abrían los cristales, por donde realmente entraba mucho frío, y furioso cuando se abrió la puerta al pobre, que, á decir verdad, olía mal. Su cólera tomó grandes proporciones; hubo amenazas de recurrir á la fuerza para hacer valer el derecho que había comprado de no viajar con mendigos; pero en el terreno de la fuerza no era muy seguro el triunfo. Dentro, estaban contra él todas las probabilidades; fuera, el carretero tomaría parte por su hijo, y el mayoral no se sabía cómo entendería el cumplimiento de su deber. Estas consideraciones, y otras hechas por su compañera de viaje, con más energía y lenguaje más correcto del que podía esperarse de una mujer *vestida de percal*, hicieron ceder al hombre de pieles. Se limitó á fumar mucho para neutralizar el mal olor del pobre, á maldecir la fatalidad que le había reunido con aquellas gentes, y á apartar su nieta y sus pieles de todo contacto con el cobertor y el vestido de percal: este hombre tenía un grande horror al algodón.

El día había sido malo de todos modos, el camino intransitable, el frío intenso, la comida un poco de pan y queso. Con un resto guardado por la previsión maternal para la merienda, el niño

del coche agasajó al niño del carro. El gran señor continuaba murmurando, el carretero bendecía á los señores de la diligencia, la mujer á Dios que le había dado un hijo bueno y un corazón que no era malo.

Así pasaron dos horas. La noche venía de prisa; la diligencia iba despacio; la nieve aumentaba, y en la misma proporción disminuía la fuerza del tiro, que al fin no pudo romper y el coche se paró: el delantero desenganchó el caballo que montaba y fué á buscar auxilio; el mayoral esperó en su puesto; el carretero esperó también; no podía hacer otra cosa. ¿Y los viajeros? ¿Era razonable esperar un auxilio, que podría no venir ó venir tarde, cuando la noche se acercaba, la nieve seguía cayendo, no era posible encender lumbre, el coche ofrecía muy poco abrigo, y el hambre se hacía sentir? ¿No valía más ir á pie al primer pueblo, que distaba poco más de un cuarto de legua? Sin duda, y todos trataron de ponerse en camino. La mujer, fuerte de espíritu, no débil de cuerpo, y al parecer familiarizada con toda clase de penalidades, se puso en marcha; su hijo, de una constitución atlética, la siguió alegremente, haciendo pelotas de nieve, unas para tirar, y otras para comer, porque el

queso estaba salado y le había dado sed. El niño del carro, reparado por el abrigo, por la comida aunque frugal, bien calzado con unos zapatos de su protector, y animado por la buena compañía, no se quedaba atrás. ¿Y el hombre de las pieles, débil por la edad y por el género de vida? ¿Y su pobre nieta, con sus botitas de raso, sus piernas descubiertas, sus pantalones de batista guarnecidos de encaje, sus cuatro años, y su debilidad aristocrática? El anciano dirigió alrededor de sí una mirada llena de angustia; era materialmente imposible que su nieta fuese á pie hasta el pueblo, ni que él la llevase, y él quería mucho á su nieta. Mientras reflexionaba tristemente sobre lo que había de hacer, la mujer envolvió á la niña en un cobertor, y se la dió al carretero, que después de haber recomendado sus bueyes y su carro al mayoral, la cogió como una pluma, y se puso en camino.

Todos le siguieron, el anciano con mucha dificultad, á pesar de las lecciones que para andar por la nieve le daba su compañera, que le había desembarazado de una parte de las pieles, que le estorbaban mucho. Llegados al pueblo, el anciano dió una moneda al carretero, que, rehusándola, dijo: «Yo no he hecho nada de más.

¡Podía dejar la niña entre la nieve, cuando ustedes habían recogido á mi hijo con tanta caridad!» Esta sencilla expresión de la gratitud envolvía una terrible reconvención. El anciano se conmovió visiblemente; sus ojos se humedecieron, y añadiendo una moneda de oro á la de plata que había sacado, dijo: «Amigo mío, usted no me debe nada. Déme usted el gusto de admitir este dinero, compre usted un vestido á su hijo, y beba á la salud de sus protectores, entre los cuales *siento no estar yo.*» El carretero no comprendió estas palabras, pero sintió que aquellas monedas se le ofrecían de buena voluntad, no como un vil salario, y las tomó.

Sentados en el parador alrededor de un gran brasero los viajeros de la diligencia, el señor de las pieles dijo á la mujer del vestido de percal:

—Usted debe despreciarme, señora.

—Ya no.

—¡Ya no! ¿Es decir que usted me ha despreciado? Ha hecho usted bien; comprendo que tiene usted razón.

—Nos hemos despreciado mutuamente, caballero, y los dos hemos hecho mal. Usted estaba prevenido contra los tejidos de algodón, yo contra los forros de piel; es un error en que espero

que no volveremos á incurrir. Bajo cualquier traje puede haber un corazón elevado y compasivo.

Cuando al día siguiente se separaron los cuatro viajeros, los niños se dieron un abrazo, los viejos se apretaron la mano; todos eran amigos.

Hemos referido estos hechos porque nos consta que son ciertos y porque no tienen nada de extraordinario: cualquier observador puede hallar otros análogos, que le convencerán de esta verdad tan evidente para nosotros: Que no hay hombre tan malo, que no sea capaz de algo bueno.

La cuestión, pues, se reduce á organizar la Beneficencia de modo que vaya á buscar *ese algo bueno* que tienen hasta los más malos.

Llamad á todas las puertas. Hallaréis criaturas privilegiadas, tres veces santas, que consagrarán al alivio de los desdichados su vida entera: otras que les darán un día á la semana, al mes, una hora, un minuto. Otra habrá que no dé la más mínima parte de su tiempo, y acuda con un socorro pecuniario; alguna que apronte su contingente en forma de idea, de consejo, de proyecto. Recoged la ofrenda de cada uno, grande ó pequeña; dejad á Dios el cuidado de

pesar su mérito; á vosotros no os incumbe sino aprovechar su utilidad.

¿Veis aquella gran señora, hermosa, perfumada, brillante, adorada, orgullosa? El tocador, el salón, el coche, el teatro; esta es su vida. ¡Cuán lejos está de pensar que hay desdichados que se mueren de hambre y de frío! ¡cuánto más lejos aún de compadecerlos y consolarlos! La indiferencia abre un abismo entre aquella mujer y los infelices que á pocas varas sufren todos los horrores de la miseria. Así discurre el que la ve, y se equivoca: aquella mujer dedica muchos ratos, días enteros, á cuidar de los niños que no tienen madre, y gracias á sus cuidados y los de sus amigas, la mortandad de los niños de la Inclusa ha disminuído de una manera increíble. ¡Va en coche á auxiliar á los miserables! Cierto. Pero al cabo, para los hombres, y probablemente para Dios, vale más hacer bien en coche, que no hacer nada á pie, y la compasión en las altas clases es tanto más meritoria, cuanto están más lejos de los males que compadecen.

¿Veis aquel mozalbete? Contempla complacido sus ajustadas botas de charol; echa una mirada de satisfacción al gracioso nudo de su corbata; la combinación de los colores de su chaleco le parece de gran efecto; su bigote está como pintado; consulta con el espejo la inclinación de su sombrero; se declara irresistible; se pone los guantes, toma el bastón y sale. Debe ser bien insustancial, bien fatuo. ¿Adónde irá? Deja las calles principales, luego las de segunda y tercera categoría, llega á un callejón, entra en una miserable casa y sube á tientas una tortuosa y estrecha escalera. Allí se ofrece á su vista una escena desgarradora: se informa, adquiere pormenores, se compadece, consuela: pertenece á una asociación piadosa. Cuando baja de aquella triste mansión lleva sus mismas botas de charol, sus mismos guantes; su corbata, su chaleco, su bigote están como estaban, y no obstante, su aspecto es diferente; algo de grave ha sustituído á la fatuidad anterior: desde que se ha movido á compasión, ya no mueve á desprecio.

En la organización de la Beneficencia, como en la construcción de una gigantesca máquina, pueden utilizarse elementos muy diversos, piezas de una delicadeza suma y piezas toscas y groseras, grandes aparatos y partes apenas perceptibles. Colocada cada cosa en lugar adecuado, todas ellas, de mérito y valor diferente, contribuyen á la armonía del conjunto.

Se hace el bien por noble instinto, por la necesidad de buscar consuelo al dolor que causa ver sufrir á un desdichado, por amor de Dios, por un sentimiento de justicia, por espíritu de orden, por hábito, por vanidad, porque se sepa que se ha hecho, por debilidad, porque no se sepa que ha dejado de hacerse, por imitación. Pero el bien, cualquiera que le haga, es siempre bueno; utilizadle. No mandéis al egoísta que arrostre la muerte en una epidemia, ni las penalidades en un hospital; pero tomad su escudo de cinco duros: seguramente con él podéis comprar por valor de cien reales.

Cambiar la miserable naturaleza del hombre, no es posible; utilicemos hasta donde nos sea dado sus debilidades, dirigiéndolas hacia el bien.

Hemos oído censurar una escena que se representa en los templos el Jueves y Viernes Santo. Las damas, cubiertas de brillantes y de encajes, piden para los huérfanos de la Inclusa. Sus amigos, por vanidad, por compromiso, arrojan en la bandeja una moneda de oro, un billete de banco. Se establece una especie de competencia, en que toma parte el amor propio, sobre cuál recogerá más limosna. En muchos casos la cuestión se hará personal; la que pide recibe la

limosna como un homenaje hecho á ella; el que da la da en el mismo concepto. No siempre sucederá así; pero aunque sucediese ¿es que cuando hace algunos años las señoras no pedían por Semana Santa; cuando no tenía la Inclusa los miles de duros que esta cuestación le lleva, eran menos vanas las mujeres, menos frívolos los hombres? ¿Empleaban mejor estos días solemnes, consagrados por tan divinos recuerdos?

Dios nos libre de considerar la vanidad como uno de los principales motores en la organización de la Beneficencia; pero en muchos casos podemos mirarla como una rueda útil. No todos tenemos abnegación y virtud, pero vanidad tenemos todos: es un dato que puede aprovecharse.

El dolor es un indispensable elemento de la moralidad del hombre, pero á condición de que se le compadezca y se le consuele. ¿Cómo podrían faltarle los medios de llenar esta condición, sin la cual se aniquila la vida del alma? El que puso al lado de cada necesidad un medio de satisfacerla, ¿privaría á la humanidad de los medios de utilizar el dolor, que es una necesidad también? La lógica de la Providencia no se desmiente nunca, ni tienen excepciones sus reglas. Si es una de ellas, como podemos comprobarlo

por los hechos, que no hay mal sin mezcla de bien, afirmemos sin vacilar que el autor de los dolores lo es también de los consuelos. El hambre halla sustanciosos manjares, la sed purísimas fuentes, ¿y las penas no hallarían compasión? El que ha dado á la humanidad medios de hacer á la naturaleza su tributaria, su esclava, ¿le negaría el poder de enjugar su propio llanto?

Si no se concibe el hombre sin moralidad;

Si no hay moralidad sin dolor;

Si el dolor no moraliza sino en tanto que se compadece y se consuela, ¿cómo suponer que han de faltar en la sociedad humana los elementos del consuelo y de la compasión? La razón niega *à priori* semejante absurdo, y la observación de los hechos le niega también.

La humanidad es un compuesto de abnegación y de egoismo; decirle: prescinde de tu miseria y extingue tus dolores, ó de tu grandeza y no los consueles, es desconocerla igualmente.

Estudiando una serie cualquiera de penalidades, se ve otra paralela de las simpatías que excitan; pero estas simpatías se pierden las más veces como un sonido sin eco, ó como los rayos de luz que ningún aparato reune en un foco. El hombre es un ser eminentemente pasivo; necesita casi siempre un impulso exterior que venga á poner en actividad sus facultades internas. Si esperáis á que él os busque, esperaréis mucho tiempo en vano; pero buscadle, y le hallaréis siempre.

La Beneficencia debe comprenderlo así, y, tomando una generosa iniciativa, llegar á la puerta del bueno como un auxiliar, á la del mediano como un impulso, á la del malo como una reconvención. De todos puede sacar algún fruto; nada hay absolutamente inútil sobre la tierra. No desalentándose por ningún egoísmo, no desdeñando ningún don por pequeño, no rechazando de la comunión de los compasivos á ningún hombre por malo que parezca, la Beneficencia puede alzarse poderosa. La flor que nos encanta con sus colores, nos deleita con sus perfumes, nos alimenta con su fruto, no vive sólo de las aguas del cielo, del aire y de la luz; repugnantes materias en putrefacción contribuyen á su sin igual belleza.